

zas del mal, contra las fuerzas perniciosas de la reacción y de la agresión.

Durante la intervención del Sr. Manuilsky, el señor Aranha volvió a ocupar la Presidencia.

El PRESIDENTE (*Traducido del inglés*): La próxima sesión de la Asamblea General se celebrará mañana a las 11 horas.

Se levanta la sesión a las 17.55 horas.

90a. SESION PLENARIA

*Celebrada en Flushing Meadow, Nueva York,
el martes 23 de septiembre de 1947, a las 11 horas*

Presidente: Sr. O. ARANHA (Brasil).

17. Debate general (*continuación*)

El PRESIDENTE: Tiene la palabra el representante de Ecuador.

Sr. PONCE (Ecuador): Señor Presidente, señores representantes, con gran sentido de realidad fué escrito en San Francisco el Capítulo VIII de la Carta de las Naciones Unidas, titulado "Acuerdos Regionales". Según él, nada en la Carta se opone a la existencia de acuerdos u organismos regionales para el mantenimiento de la paz y la seguridad, en armonía con los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Los acuerdos regionales cobran actualmente un valor muy crecido, en razón de la crisis internacional que viene haciendo peligrar el sistema de seguridad colectiva, motivada por el desacuerdo entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y el consiguiente uso arbitrario del veto.

El reciente Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, suscrito en la Conferencia para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad Continentales, en Río de Janeiro, el 2 de este mismo mes, reitera la concordancia que guarda el sistema interamericano con los propósitos y principios de las Naciones Unidas y reafirma lo estatuido en la Carta acerca de los asuntos que conciernen al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y susceptibles de acción regional.

Quisiera llamar la atención de la Asamblea, por unos breves momentos, a un punto que el Ecuador considera de suma importancia para el futuro de la paz y la seguridad de América, el cual tiene que ver con el acuerdo regional interamericano, en cuanto a posibles interferencias del poder de veto por parte de uno o más miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Declara el Tratado de Río de Janeiro, en consagración definitiva de lo estatuido en el Acta inmortal de Chapultepec, que en América el ataque contra uno es ataque contra cada uno, por lo cual todos los Estados deberán hacer uso del derecho de legítima defensa, reconocido en el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Por este Artículo, ninguna disposición de la Carta menoscaba el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un Miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales.

Añade el Tratado de Río que las medidas de legítima defensa podrán continuar hasta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. Es

decir, si la inacción prevalece en el Consejo, prosigue adelante la legítima defensa colectiva, consagrada como obligatoria dentro del sistema interamericano; si el veto paraliza la acción del Consejo, llamado a la ayuda de un Estado americano víctima de la agresión, habrá de subsistir la acción colectiva de legítima defensa.

Lo que dejo dicho se refiere exclusivamente a la situación creada por un acto de agresión armada. El otro aspecto que hay que considerar es el de la agresión no armada y las amenazas de agresión. En este caso el órgano de consulta se reunirá inmediatamente a fin de convenir en las medidas que deban tomarse para enfrentar la posible agresión, o, en todo caso, las medidas que deberían ser tomadas para la común defensa y el mantenimiento de la paz y la seguridad del Continente. Y estas medidas, al igual que las otras que se tomaren o proyectare tomar en un caso de agresión armada, deberán ser llevadas al conocimiento del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Y entonces, a esta altura, aparece la posibilidad del veto que impida la acción regional y anule la capacidad y el propósito defensivo y pacífico del sistema interamericano. El veto de un solo país en el Consejo de Seguridad puede paralizar el plan de medidas que haya acordado el sistema interamericano para el mantenimiento de la paz amenazada.

He ahí, señores representantes, una razón más por la cual un país que pertenece al sistema interamericano no puede menos de oponerse a la ilimitada y soberana facultad del veto en manos de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Las Repúblicas de América quieren paz y seguridad que les permitan una amplia colaboración para común beneficio; buscan ellas el arreglo pacífico de sus diferencias — pues abrigamos la seguridad de que pasó ya la hora de agresión entre hermanos en América. Si estos son los ideales que persiguen las naciones de América, es natural que receleemos de que un poder exterior y arbitrario pueda obstar eficazmente a su realización. Por este motivo más, hace falta que en hora oportuna se llegue a la reforma del veto ilimitado y arbitrario.

Sin llevar las cosas de una vez al extremo ideal, cual sería el de una organización en que presida sólo la justicia y la equidad, para el bien de los demás y propio, debiera actuarse con un criterio objetivo, a fin de mejorar la ordenación internacional en la medida de todo lo posible.

Por eso, la delegación del Ecuador apoya los proyectos encaminados a reducir el campo de acción del veto; juzga imperativo que se le excluya del Capítulo VI de la Carta, sobre Arreglo Pacífico de Controversias, que se elimine en

el proceso de aceptación de nuevos Miembros el requisito de unanimidad de los miembros permanentes del Consejo, como lo han propuesto las delegaciones de Estados Unidos de América y Australia.

Bien se ha dicho ya más de una vez desde esta misma tribuna que el actual desorden internacional no puede ser atribuido precisamente al uso inmoderado del privilegio del veto, porque este mal y defecto es más bien síntoma indicado de un desorden más profundo y esencial, de un mundo dividido en campos hostiles, irreconciliablemente hostiles.

La Carta de San Francisco consagra los altos principios de moral internacional, sin cuyo respeto mal pueden ser alcanzados los propósitos de paz, seguridad, hermandad y progreso que todos anhelamos y para cuya realización existe la organización internacional.

El principio de los principios, el origen primordial del que ha de arrancar la eficaz y próspera organización de las naciones, está clara y definitivamente consagrado en la Carta, que dice que los Miembros de la Organización, a fin de asegurar los derechos y beneficios inherentes a su condición de tales, cumplirán de buena fe las obligaciones contraídas por ellos de conformidad con la Carta. En otros términos, se impone aquí el respeto a la palabra dada, que deriva su valor de ese mínimo de confianza que hace falta en toda relación social. Si los Miembros de las Naciones Unidas, y en primer término los miembros permanentes del Consejo, no cumplen todos ellos con este primordial deber de lealtad, de respeto a la palabra empeñada, a las obligaciones que tomaron sobre sí al suscribir la Carta, las cuales desautorizan el abuso del veto y el nacionalismo extremo, que prescinde de todo esfuerzo encaminado al bien común, no hay organización internacional eficaz, ni hay paz, ni seguridad, ni justicia. El mal está, antes que en el mecanismo, en la calidad de los hombres llamados a hacerlo funcionar, y de quienes depende la suerte de la futura paz. El mal está en que se antepone la fuerza al derecho y el interés propio y exclusivo al interés de los demás.

Sin embargo, una revisión de métodos y procedimientos podría contribuir en algo a frenar desde fuera la desordenada voluntad de algunos Estados. El Consejo de Seguridad no ha llegado infortunadamente a conquistar el prestigio y el alto lugar que le corresponde en la organización del mundo, y que deberá algún día alcanzarlo; en cambio, la Asamblea General cobra cada día mayor nombre y prestigio, y aparece como el centro de orientación y acción de las Naciones Unidas, como órgano de la opinión general y conciencia del mundo. Es menester y el mundo necesita que la influencia orientadora de la Asamblea se ejerza con la mayor eficacia en el propio Consejo de Seguridad. A esta función de tan singular importancia podría contribuir el proyecto insinuado por el Secretario de Estado, Sr. Marshall, de establecer un Comité Interino de Paz y Seguridad, con representantes de todos los Miembros de las Naciones Unidas, que actuaría en el intervalo entre la Segunda y la Tercera Asamblea General. Las Cancillerías no podrán menos de estudiar cuidadosamente esta importante sugestión americana.

Los dos años de vida de nuestra Organización han sido el reflejo del mundo accidentado en que hemos vivido desde la Conferencia de San Francisco. Sin embargo, hay en el fondo un clamor unánime por seguridad y paz, y esto nos inspira una nueva fe.

Por otro lado, señor Presidente, junto a la labor política de las Naciones Unidas está la actividad en lo económico y social. La Carta nos impone la obligación de velar por los derechos fundamentales del hombre, por la dignidad y valor de la persona humana; de propender hacia la igualdad de derechos de hombres y mujeres; de promover el progreso social y elevar el nivel de vida de nuestros pueblos.

Los informes del señor Secretario General y del Consejo Económico y Social nos revelan la valiosa actividad que se está desarrollando en estas materias, actividad que mi Gobierno sigue con interés y en cuyo éxito ponemos la mayor esperanza, ya que el equilibrio económico internacional y la elevación de los niveles económicos y morales del hombre constituyen los fundamentos básicos de la paz. El Gobierno del Ecuador hace votos por que cuanto antes se establezca la Comisión Económica para la América Latina que con visión y acierto fué propuesta por la delegación de Chile en la última sesión del Consejo Económico y Social.

Termino, señor Presidente, con una palabra de esperanza por que esta Segunda Asamblea de las Naciones Unidas dé a la humanidad un poco de la seguridad que ella reclama y necesita, y traiga alguna serenidad a los espíritus.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Durante el curso del debate general que acaba de cerrarse, muchos de los representantes se refirieron al *Informe Anual del Secretario General sobre la Labor de la Organización*.¹ Por lo tanto, creo que sería muy oportuno que el Secretario General hiciera ahora una declaración verbal a la Asamblea General. En consecuencia, le invito a que tome la palabra.

18. Declaración del Secretario General

El SECRETARIO GENERAL (*traducido del inglés*): Me sentí muy complacido cuando ayer por la tarde el Presidente me preguntó si no tenía algo que decir antes de la clausura del debate general. El hecho de que no hubiese hablado sino hasta ahora en este período de sesiones no significa que no tuviera nada que decir.

Antes que todo, quiero dar las gracias a los miembros de la Asamblea General por las bondadosas palabras con que varios oradores se han referido a mí y a mis colegas.

He tenido muy en cuenta todos los consejos y las sugerencias con respecto a la Secretaría y tendré siempre presente todas las críticas que he escuchado, pues ha sido mi constante deseo tratar de mejorar el funcionamiento de nuestra administración y prestar servicios cada vez más eficaces.

Creo que faltaría a mi deber si en esta ocasión no diera algunas explicaciones sobre las dificultades que han asediado a la Secretaría en general y a sus miembros en particular.

¹ Véanse los *Documentos oficiales del segundo período de sesiones de la Asamblea General*, Suplemento No. 1.

No ha de olvidarse que los servicios administrativos de las Naciones Unidas fueron trasladados de Londres a los Estados Unidos de América en marzo y abril de 1946, y que hemos vivido una existencia nómada pasando de *Hunter College* y del hotel Henry Hudson a Lake Success.

Para fines de marzo del año pasado fué necesario preparar el conjunto de servicios técnicos requeridos por el Consejo de Seguridad; en mayo tuvimos que recibir al Consejo Económico y Social, y en seguida nos dedicamos a terminar los preparativos para celebrar la Asamblea General en septiembre.

Al mismo tiempo, la Comisión Preparatoria y el grupo de expertos de la Asamblea habían elaborado en Londres un plan administrativo muy rígido. No nos quedó otro recurso que seguir fiel y cuidadosamente el cuadro que se nos trazó, aun cuando a veces parecía ser innecesariamente engorroso.

En unos cuantos meses hubo que contratar a centenares de empleados, procedentes de todas partes del mundo, y ponerlos a prestar sus servicios. Este personal tuvo que ser alojado en hoteles, en casas de pensión y con familias privadas.

Cuando la Asamblea General se reunió el otoño pasado, Lake Success y Flushing Meadow estaban listos. Cuando a mediados de diciembre se clausuró la Asamblea teníamos ante nosotros nuevas tareas, tareas que desde luego no habíamos creado ni yo ni mis Secretarios Generales Adjuntos, sino que varios órganos de las Naciones Unidas habían impuesto a la Secretaría. La carga de estas tareas puede medirse en cierto grado por el hecho de que la Secretaría atendió durante el año cerca de 2.000 sesiones.

El hecho de que gran parte de estas actividades se haya desarrollado en la fábrica transformada que es ahora el edificio de Lake Success, no quiere decir que la tarea haya sido más fácil. Estoy seguro de que los representantes, que han visto las condiciones en que se trabaja allí no necesitan una explicación acerca de las dificultades materiales en que se desarrollan los trabajos.

La más importante de las tareas que, desde el punto de vista administrativo, ha de emprender esta Asamblea General, es la de tomar una decisión sobre la construcción de una nueva sede para las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas deben, sin tardanza, tener una sede permanente. Espero que el período de transición actual, tan perjudicial para la eficacia de los trabajos, será tan breve como sea posible.

Al mismo tiempo, deseo expresar mi agradecimiento y aprecio al personal de la Secretaría, que, durante más de 18 meses, ha allanado toda clase de dificultades personales y técnicas en la realización de sus trabajos.

Comprendo que aún el programa actual de actividad internacional emprendido por las Naciones Unidas gravita sobre los Estados Miembros que actualmente tropiezan con grandes dificultades para obtener divisas extranjeras.

Estoy resuelto a adoptar las disposiciones necesarias para que el trabajo confiado a las Naciones Unidas se lleve a cabo de la manera más económica y eficaz. La cantidad y la naturaleza del trabajo, los servicios que han de prestarse y los planes que han de desarrollarse dependen esencialmente

de los órganos representativos de las Naciones Unidas. Creo que la Asamblea General debiera examinar la situación actual teniendo este hecho en cuenta.

Permítaseme hacer algunas observaciones de carácter político con respecto, en primer lugar, a la cuestión de admisión de nuevos Miembros.

Desde el mismo momento en que comenzó a funcionar nuestra Organización se convino, de manera general, en observar en este asunto el principio de universalidad. No veo por hoy ninguna razón para apartarse de la idea de que todas las naciones amantes de la libertad que acepten las obligaciones consignadas en la Carta, que estén capacitadas para cumplir dichas obligaciones y se hallen dispuestas a hacerlo, sean aceptadas como Miembros de las Naciones Unidas.

Por consiguiente, tengo la esperanza de que se adopten en breve — de ser posible durante la presente Asamblea General — medidas encaminadas a recibir en el seno de nuestra Organización a las naciones que actualmente esperan ser admitidas.

En 1946 y en 1947 recomendé al Consejo de Seguridad que admitiera a todos los Estados que hubiesen presentado su candidatura. Ahora estimo que la Organización ganará más aceptando como Miembros a los candidatos, e imponiéndoles por tanto las obligaciones y responsabilidades que incumben a los Miembros, que permitiendo que tantas naciones permanezcan fuera de su seno.

Paso ahora a la cuestión más general de la situación política mundial que ha sido objeto en esta Asamblea, en el curso del debate general de apertura, de declaraciones formuladas en términos fuertes. En mi Informe Anual sobre la Labor de la Organización, puse de relieve esta situación que afecta a las Naciones Unidas.

Es evidente a todas luces que esta situación está sometiendo a dura prueba a las Naciones Unidas. Las flagrantes diferencias que existen entre las Potencias sacuden la piedra angular de esta Organización, es decir, la cooperación y la comprensión entre las grandes Potencias. Los pueblos del mundo, así como muchos Gobiernos, se sienten estremecidos, atemorizados y desalentados al darse cuenta de que las mismas naciones que crearon la Organización de las Naciones Unidas están en tan franco desacuerdo.

Quiero exponer mi firme opinión de que esta situación, y no importa cuán profundas puedan ser las diferencias políticas, no constituye una amenaza a la existencia de las Naciones Unidas. Pero sí entorpece sus actividades y aptitud para cumplir con los deberes que le impone la Carta, y no puede dejar de oponerse a que las Naciones Unidas promuevan relaciones pacíficas, cooperación económica y justicia social.

No entraré en detalles sobre las cuestiones políticas que la Asamblea General, en su primer período de sesiones, y el Consejo de Seguridad, han examinado. Todos sabemos que muchas de ellas no han sido solucionadas y que, en muchos otros casos importantes, como por ejemplo en el del control de la energía atómica, dos de las partes no pueden ponerse definitivamente de acuerdo, a pesar de que ambas comparten el interés de establecer un control eficaz.

Estos conflictos y diferencias no son consecuencia del principio de unanimidad de las gran-

No ha de olvidarse que los servicios administrativos de las Naciones Unidas fueron trasladados de Londres a los Estados Unidos de América en marzo y abril de 1946, y que hemos vivido una existencia nómada pasando de *Hunter College* y del hotel Henry Hudson a Lake Success.

Para fines de marzo del año pasado fué necesario preparar el conjunto de servicios técnicos requeridos por el Consejo de Seguridad; en mayo tuvimos que recibir al Consejo Económico y Social, y en seguida nos dedicamos a terminar los preparativos para celebrar la Asamblea General en septiembre.

Al mismo tiempo, la Comisión Preparatoria y el grupo de expertos de la Asamblea habían elaborado en Londres un plan administrativo muy rígido. No nos quedó otro recurso que seguir fiel y cuidadosamente el cuadro que se nos trazó, aun cuando a veces parecía ser innecesariamente engorroso.

En unos cuantos meses hubo que contratar a centenares de empleados, procedentes de todas partes del mundo, y ponerlos a prestar sus servicios. Este personal tuvo que ser alojado en hoteles, en casas de pensión y con familias privadas.

Cuando la Asamblea General se reunió el otoño pasado, Lake Success y Flushing Meadow estaban listos. Cuando a mediados de diciembre se clausuró la Asamblea teníamos ante nosotros nuevas tareas, tareas que desde luego no habíamos creado ni yo ni mis Secretarios Generales Adjuntos, sino que varios órganos de las Naciones Unidas habían impuesto a la Secretaría. La carga de estas tareas puede medirse en cierto grado por el hecho de que la Secretaría atendió durante el año cerca de 2.000 sesiones.

El hecho de que gran parte de estas actividades se haya desarrollado en la fábrica transformada que es ahora el edificio de Lake Success, no quiere decir que la tarea haya sido más fácil. Estoy seguro de que los representantes, que han visto las condiciones en que se trabaja allí no necesitan una explicación acerca de las dificultades materiales en que se desarrollan los trabajos.

La más importante de las tareas que, desde el punto de vista administrativo, ha de emprender esta Asamblea General, es la de tomar una decisión sobre la construcción de una nueva sede para las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas deben, sin tardanza, tener una sede permanente. Espero que el período de transición actual, tan perjudicial para la eficacia de los trabajos, será tan breve como sea posible.

Al mismo tiempo, deseo expresar mi agradecimiento y aprecio al personal de la Secretaría, que, durante más de 18 meses, ha allanado toda clase de dificultades personales y técnicas en la realización de sus trabajos.

Comprendo que aun el programa actual de actividad internacional emprendido por las Naciones Unidas gravita sobre los Estados Miembros que actualmente tropiezan con grandes dificultades para obtener divisas extranjeras.

Estoy resuelto a adoptar las disposiciones necesarias para que el trabajo confiado a las Naciones Unidas se lleve a cabo de la manera más económica y eficaz. La cantidad y la naturaleza del trabajo, los servicios que ha de prestarse y los planes que han de desarrollarse dependen esencialmente de los órganos representativos de las Naciones Unidas. Creo que la Asamblea General debiera examinar la situación actual teniendo este hecho en cuenta.

Permítaseme hacer algunas observaciones de carácter político con respecto, en primer lugar, a la cuestión de admisión de nuevos Miembros.

Desde el mismo momento en que comenzó a funcionar nuestra Organización se convino, de manera general, en observar en este asunto el principio de universalidad. No veo por hoy ninguna razón para apartarse de la idea de que todas las naciones amantes de la libertad que acepten las obligaciones consignadas en la Carta, que estén capacitadas para cumplir dichas obligaciones y se hallen dispuestas a hacerlo, sean aceptadas como Miembros de las Naciones Unidas.

Por consiguiente, tengo la esperanza de que se adopten en breve — de ser posible durante la presente Asamblea General — medidas encaminadas a recibir en el seno de nuestra Organización a las naciones que actualmente esperan ser admitidas.

En 1946 y en 1947 recomendé al Consejo de Seguridad que admitiera a todos los Estados que hubiesen presentado su candidatura. Ahora estimo que la Organización ganará más aceptando como Miembros a los candidatos, e imponiéndoles por tanto las obligaciones y responsabilidades que incumben a los Miembros, que permitiendo que tantas naciones permanezcan fuera de su seno.

Paso ahora a la cuestión más general de la situación política mundial que ha sido objeto en esta Asamblea, en el curso del debate general de apertura, de declaraciones formuladas en términos fuertes. En mi Informe Anual sobre la Labor de la Organización, puse de relieve esta situación que afecta a las Naciones Unidas.

Es evidente a todas luces que esta situación está sometiendo a dura prueba a las Naciones Unidas. Las flagrantes diferencias que existen entre las Potencias sacuden la piedra angular de esta Organización, es decir, la cooperación y la comprensión entre las grandes Potencias. Los pueblos del mundo, así como muchos Gobiernos, se sienten estremecidos, atemorizados y desalentados al darse cuenta de que las mismas naciones que crearon la Organización de las Naciones Unidas están en tan franco desacuerdo.

Quiero exponer mi firme opinión de que esta situación, y no importa cuán profundas puedan ser las diferencias políticas, no constituye una amenaza a la existencia de las Naciones Unidas. Pero sí entorpece sus actividades y aptitud para cumplir con los deberes que le impone la Carta, y no puede dejar de oponerse a que las Naciones Unidas promuevan relaciones pacíficas, cooperación económica y justicia social.

No entraré en detalles sobre las cuestiones políticas que la Asamblea General, en su primer período de sesiones, y el Consejo de Seguridad, han examinado. Todos sabemos que muchas de ellas no han sido solucionadas y que, en muchos otros casos importantes, como por ejemplo en el del control de la energía atómica, dos de las partes no pueden ponerse definitivamente de acuerdo, a pesar de que ambas comparten el interés de establecer un control eficaz.

Estos conflictos y diferencias no son consecuencia del principio de unanimidad de las gran-

des Potencias. El problema del derecho de veto es más un síntoma que una causa. Tanto el Consejo de Seguridad, donde se aplica el principio de unanimidad, como la Asamblea General, donde no se aplica, encuentran que tales conflictos y diferencias entorpecen gravemente el desarrollo de sus labores.

Es trágico comprobar que las Naciones Unidas, hasta este momento, sólo hayan podido cumplir, en forma limitada, con las grandes obligaciones económicas y sociales. La inestabilidad y el desorden económico campean en la mayor parte de los países del mundo. El hambre amenaza a millones de seres humanos y, sobre una inmensa superficie que representa la mayor parte del globo, predominan la desnutrición crónica, la falta de recursos para la enseñanza y de medios para asegurar la sanidad pública.

Algunas naciones han hecho enormes contribuciones destinadas a aliviar las necesidades y a fomentar la estabilidad económica en varias partes del mundo. Sin embargo, a fin de cuentas y cada vez más, es evidente que el mundo constituye una unidad económica y que sólo la plena cooperación internacional permitirá hacer frente a todos los problemas.

En conformidad con la Carta, las Naciones Unidas han hecho frente a este hecho estableciendo una serie de organismos destinados a facilitar la cooperación económica mundial.

El trabajo destinado a ello lo complica el hecho de que en el mundo existen diferentes sistemas económicos y sociales. Mas con todo, la guerra ha demostrado que trabajando en común, es perfectamente posible que los Estados que tienen diferentes sistemas y diferentes ideologías resuelvan grandes y hasta abrumadores problemas.

Tenemos que enfrentarnos en la actualidad a muchos problemas de ese género que presentan enormes dificultades. ¿No hay, en Europa solamente, millones de seres que se encuentran bajo la amenaza inmediata del hambre? ¿No se halla una inmensa porción del Asia afligida por un bajo nivel de vida, por el hambre y las epidemias? ¿No se encuentran, en Centro y Sud América, grandes masas de gente esperando el día en que puedan, también ellas, alcanzar una vida mejor? Todos nosotros conocemos la tremenda miseria de muchos pueblos del Cercano Oriente y de África.

Las consecuencias serían terribles para la humanidad si las diferencias y sospechas de orden político negaran a las Naciones Unidas el poder de llevar a cabo su noble trabajo humanitario. Sin embargo, tal es, en realidad, el peligro que amenaza hoy en día.

Debemos trabajar constantemente para atenuar esas diferencias y disipar esas sospechas. No debe permitirse que, a causa de ellas, se divida el mundo en bloques y se formen grupos impenetrables de naciones opuestas las unas a las otras en el propio seno de las Naciones Unidas.

Nadie debe olvidar que la iniciativa de fundar la Organización de las Naciones Unidas fué tomada conjuntamente por las grandes Potencias. En Yalta, los dirigentes de la URSS, del Reino Unido y de los Estados Unidos de América declararon:

"La presente Conferencia... ha confirmado nuestra resolución de mantener y de fortalecer, en la paz futura, esa unidad de fines y de acción

que ha hecho posible y cierta la victoria de las Naciones Unidas en esta guerra. Creemos que ésta es una obligación sagrada que nuestros Gobiernos han contraído con todos los pueblos del mundo.

"Sólo con la continua y creciente cooperación y comprensión mutuas de nuestros tres grandes países y de todas las naciones amantes de la paz pueden realizarse las más altas aspiraciones de la humanidad: una paz segura y duradera que, según palabras de la Carta del Atlántico "garantice a todos los hombres en todas las partes del mundo una vida exenta de temor y de privaciones".

"La victoria en esta guerra y la creación de la propuesta organización internacional", termina diciendo el texto, "ofrecerá la más grande oportunidad de la historia para crear, para los años futuros, las condiciones esenciales de tal paz.

"(Firmado) Winston S. Churchill, Franklin D. Roosevelt, J. V. Stalin."

La creación de las Naciones Unidas tuvo su origen en el sentimiento de fraternidad y de camaradería que la guerra creó entre las grandes Potencias. En la Conferencia de San Francisco este sentimiento fué tan fuerte que logró allanar las graves dificultades mediante concesiones equitativas.

Muchos de los que en esa ocasión fueron testigos de los debates dirán que nos hemos apartado mucho del espíritu que reinó en San Francisco. Así como la cooperación fué lo que creó entre las grandes Potencias a las Naciones Unidas, su desunión es lo que hoy suscita nuestras mayores dificultades.

Es fácil descubrir las diferencias de orden estratégico, económico e ideológico que explican esta desunión. Pero es imposible e intolerable pensar que estas dificultades encuentren el camino abierto para llevarnos por él hacia la guerra. No creo que haya una sola nación ni un solo Gobierno en el mundo que no quiera impedir otra guerra. La mayor dificultad estriba en el hecho de que las grandes Potencias desconfían entre sí de las intenciones de cada una. El mayor peligro es el temor. El temor engendra el odio, y el odio engendra la guerra.

No podemos alterar el hecho de que en el mundo no sólo existen diferentes naciones, sino que también existen diferentes tipos de civilización, diferentes ideas y diferentes intereses. Pero la condición indispensable de la paz es que las naciones, con diferentes sistemas sociales y diferentes intereses, luchen para vivir y trabajar juntas, lado a lado, dentro de un espíritu de paz.

Ese deseo debe tener eco en negociaciones políticas en las que se demuestre voluntad de transigir. Permítaseme repetir que, sin esa voluntad, sin espíritu de cooperación y de acuerdo, ninguna institución creada con fines de mantener la paz y la seguridad internacionales, por perfecta que sea, puede ser eficaz.

Yo no puedo sino expresar la esperanza de que las naciones encuentren más adelante la forma de volver al espíritu expresado en el Preámbulo de la Carta de San Francisco, que dice: "a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos".

19. Discusión del orden del día provisional: informe de la Mesa de la Asamblea (documento A/392)

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Se observará que el informe de la Mesa de la Asamblea se divide en tres partes. Propongo que examinemos el informe parte por parte, comenzando por la Parte I.

La Mesa de la Asamblea recomienda la creación de una comisión especial encargada de la cuestión de Palestina y de una comisión especial de la Sede.

Creación de las comisiones especiales

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de Irak.

Sr. JAMALI (Irak) (*traducido del inglés*): No quiero poner en duda el valor de las razones que han tenido los delegados para proponer la creación de una comisión especial encargada de la cuestión de Palestina. Todos deseamos que las Naciones Unidas logren solucionar de manera justa y definitiva la cuestión de Palestina. Para obtener ese resultado debemos ajustarnos a los principios de la Carta y seguir el procedimiento normal aprobado por las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas cuentan con un organismo especialmente encargado de las cuestiones políticas. Este es la Primera Comisión; la Comisión de cuestiones políticas y de seguridad. ¿Para qué entonces encargar a una comisión especial el problema de Palestina? ¿Es que acaso esa cuestión no reviste tanta importancia como cualquier otro problema político de gran trascendencia?

En el curso del período extraordinario de sesiones la delegación de Irak pidió que la cuestión de Palestina fuese tratada conforme a los principios de la Carta y según el procedimiento normal de las Naciones Unidas. Cualquier desviación de los métodos acostumbrados puede suscitar recelos dañinos a la confianza que se necesita y que es necesario infundir en la parte más directamente interesada en el problema, que son los árabes.

La cuestión de Palestina, aunque muy sencilla y clara, puede tener repercusiones tan graves para la paz y la estabilidad del Medio Oriente y por consiguiente para la paz del mundo que merece ser estudiada por prominentes personalidades, con las cuales cuenta la Primera Comisión. Si se sostiene que las mismas personas que asistirán a la Primera Comisión asistirán también a la comisión especial, ¿cuál es el objeto entonces de formar otra comisión?

En realidad, sabemos que muchas delegaciones no pueden permitirse el lujo de enviar a distintos delegados a la comisión especial encargada de la cuestión de Palestina. En consecuencia, deben hacerse los arreglos convenientes a fin de que las dos comisiones no se reúnan simultáneamente. ¿Cuál es el objeto de crear una comisión especial cuya autoridad no será más fuerte y cuya composición no será visiblemente diferente? La Primera Comisión ya se encargó del problema de Palestina en su sesión extraordinaria, y es perfectamente natural que reanude sus trabajos sobre el mismo problema. Si, debido a la urgencia del trabajo, debemos crear dos comisiones especiales, que sean para cuestiones ajenas a la de Palestina.

Tal es la opinión de mi delegación, y al exponerla no me mueve otra finalidad que el éxito de las Naciones Unidas en su esfuerzo para obtener una solución justa y duradera de la cuestión de Palestina.

Sr. MALIK (Líbano) (*traducido del inglés*): Se nos pide ahora que decidamos si la cuestión de Palestina debe ser sometida a una comisión especial de la Asamblea General o si debe ser remitida a la Comisión ordinaria que, corrientemente, se encargaría de examinarla; se trata, pues, de la Primera Comisión de la Asamblea General.

Creo que debemos tratar esta cuestión con la mayor franqueza y asumir plena responsabilidad por la decisión que tomemos al respecto, cualquiera que ella sea.

Creo que, después de considerar todos los factores, es mucho mejor remitir esta cuestión a la Primera Comisión reunida en sesión plenaria, junto con las demás cuestiones que ha de discutir, que crear una comisión especial para ese fin. En primer lugar, creo que separar este problema de los otros grandes problemas de que nos ocupamos hoy, y aislarlo para que sea estudiado por una comisión especial, equivale a examinarlo abstracta y falsamente.

Estimo que debe ser examinado en relación con los demás problemas del día. Tiene tanta importancia como las demás cuestiones. No es por cierto la única cuestión que preocupa actualmente al mundo. Por tanto, debe ser examinado por el mismo organismo que estudia las demás cuestiones igualmente importar es de la hora presente.

Es preciso examinar la cuestión de Palestina dentro de la misma atmósfera política que los demás problemas; dentro del mismo cuadro internacional en que son discutidos, examinados y debatidos los demás problemas de igual importancia. Siempre hemos creído que en el caso de Palestina se aplican normas extrañas, normas que no se aplican a otros casos. La creación de un organismo especial encargado de examinar esta cuestión, distinto de los organismos que examinarán las demás cuestiones, tenderá a darle más fuerza a nuestra opinión.

Creo que si confirmamos esta impresión, todo el problema estará viciado desde el principio, porque no puede recalcarse demasiadas veces — tal como lo hizo el otro día el jefe de la delegación de Francia — que toda solución permanente de esta cuestión requiere el consentimiento de los árabes.

Por consiguiente, si desde el principio tenemos la impresión de que esta cuestión se trata de manera extraña y particular, seguramente que ello no contribuirá a crear una atmósfera constructiva y positiva que nos ayude a encontrar la solución permanente que anhelamos.

En segundo lugar, no puede recalcarse tampoco con demasiada frecuencia que al dirigirnos a la Asamblea con respecto a este problema, queremos que nuestras voces sean escuchadas por los jefes de todas las delegaciones. Si para examinar el problema de Palestina se crea un organismo especial, es cosa casi segura que algunos de los especialistas o de los suplentes serán nombrados para formar parte de él. Guardamos todo el respeto que nos merecen los suplentes y por cierto también todo el de que son dignos los especialistas. Sin embargo, lo que queremos decir

debe ser escuchado, estudiado y decidido por los jefes de las delegaciones, jefes que son políticamente responsables. No queremos dirigirnos a la mente de un especialista; a quien queremos dirigirnos, con respecto al problema de Palestina, es en primer lugar a las mentes políticamente responsables.

En resumen, quiero exponer con toda franqueza otra de las consideraciones que nos inquieta; y es que, si Vds. establecen una comisión especial con el encargo de examinar este problema, creemos que sería más fácil para ciertos grupos ejercer influencia hasta el máximo sobre esa comisión especial que si la cuestión fuera tratada por la Comisión Política que, al mismo tiempo, examinaría todas las demás cuestiones importantes. No he querido decir en absoluto que la comisión especial vaya a sucumbir en ninguna forma bajo la presión de estos grupos. Lo que he dicho es que esta presión podría ser ejercida más fácilmente en el caso de una comisión especial creada especialmente para tal efecto, que en el caso de la Comisión Política que se encarga de tratar todos los problemas importantes del presente.

A fin de examinar este problema en el mejor ambiente y con las mejores intenciones posibles de conducir a una solución constructiva, sugiero a la Asamblea que sería mucho mejor remitirlo a la Comisión Política — y que esa Comisión lo examinase junto con los demás problemas importantes — que enviarlo a la Comisión de Cuestiones Políticas y de Seguridad.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): En vista de que ningún otro miembro desea tomar la palabra, propongo que procedamos a la votación.

Por 29 votos a favor, 11 en contra y 6 abstenciones, quedan aprobados los párrafos 1 y 2 de la parte I del documento A/392.

Programa del segundo período de sesiones

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): La Parte II del informe consta del programa del segundo período de sesiones de la Asamblea General. Los temas del programa figuran en una lista al fin de la cual los miembros podrán observar que el plazo recomendado por la Asamblea General para la presentación de nuevos temas que han de ser incluidos en el programa es la medianoche del lunes 29 de septiembre de 1947.

¿Hay alguna objeción para la aprobación del programa?

Sr. VISHINSKY (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) (*traducido de la versión inglesa del texto ruso*): La delegación de los Estados Unidos de América ha propuesto que se incluya en el programa la cuestión de Corea, con la intención — según lo declaró aquí el Sr. Marshall, representante de los Estados Unidos de América — de someter al presente período de sesiones el problema de la independencia de Corea. El Sr. Marshall justifica su proposición basándose en que la Comisión Mixta soviéticoestadounidense sobre Corea no ha producido hasta la fecha resultados positivos, por lo cual es indispensable incluir en el programa de la Asamblea General la cuestión de conceder la independencia a Corea. En su discurso, el Sr. Marshall presentó la situación de la Comisión Mixta de manera tendenciosa y quiso hacer creer que la responsabilidad del fracaso — según sus mismas palabras — de los

esfuerzos realizados por la Comisión recae — o la coloca la delegación de los Estados Unidos de América — sobre los hombros de los miembros soviéticos de la Comisión.

Para darse cuenta de lo tendencioso e incorrecto que es el juicio emitido por el Sr. Marshall sobre los trabajos de la Comisión bastará remitirse a varios hechos sobre los cuales, desde luego, no puedo extenderme al presente para no provocar un debate sobre el fondo de la cuestión. Basta decir, en apoyo de la proposición que me permitiré presentar a la Asamblea General, que desde el 26 de agosto la delegación de la URSS presentó varias proposiciones constructivas que, sin embargo, no fueron aceptadas por los miembros de la delegación de los Estados Unidos de América en la Comisión Mixta. No satisfecha con esto, el 17 de septiembre la delegación de la URSS presentó otras propuestas encaminadas a poner en práctica por lo menos las propuestas de la delegación de los Estados Unidos de América, por una parte, y las de la delegación de la URSS, por la otra, que tenían rasgos comunes. No obstante, esas proposiciones fueron igualmente rechazadas. Por consiguiente, la delegación de los Estados Unidos de América debe cargar con la responsabilidad de la situación creada en el seno de la Comisión Mixta soviéticoestadounidense, ya que es la delegación de los Estados Unidos de América la que rehusa cumplir con las obligaciones contraídas en virtud de los términos del acuerdo firmado en Moscú en diciembre de 1945 por los tres Ministros de Relaciones Exteriores.

Debo recordar que este acuerdo fijó un método determinado que debía adoptarse en el arreglo de la cuestión de Corea. Hace sólo una semana que la delegación soviética presentó, como lo dije ya, su nueva proposición encaminada a solucionar esta cuestión. Pero la delegación de los Estados Unidos de América rehusó obstinadamente a arreglar la cuestión sobre esta base. En estas condiciones la delegación de la URSS no cree que haya necesidad de que la Asamblea General examine ahora la proposición de los Estados Unidos de América. La delegación de la URSS propone que la cuestión de Corea no se incluya en el programa del segundo período de sesiones de la Asamblea General.

Quiero ahora agregar ciertas observaciones jurídicas a lo que acabo de decir. Los Artículos 10 y 11 de la Carta de las Naciones Unidas autorizan a la Asamblea General a discutir cualesquier asuntos o cuestiones referentes al mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales en conformidad con el párrafo 2 del Artículo 35 de la Carta de las Naciones Unidas. En este caso la Asamblea General está facultada para hacer recomendaciones sobre cualesquiera de esas cuestiones, según dice el Artículo mencionado, a los Miembros de las Naciones Unidas o al Consejo de Seguridad o a éste y a aquéllos. Además, la Asamblea General puede señalar a la atención del Consejo de Seguridad situaciones que puedan poner en peligro la paz y la seguridad internacionales. Los demás Artículos de la Carta que tratan de los poderes de la Asamblea General describen más minuciosamente dichos poderes, pero no dejan lugar a dudas de que cuestiones tales como la suscitada por la delegación de los Estados Unidos de América con respecto a Corea — y sobre todo cuando existe un acuerdo inter-

nacional como el presente — no son de la competencia de la Asamblea General.

En vista de las consideraciones que he expuesto, la delegación de la URSS insiste en que la cuestión de Corea no se incluya en el programa del actual período de sesiones de la Asamblea General.

Tengo además otra declaración que hacer con respecto a otro tema del programa. ¿Quiere el Presidente que exponga ahora mis observaciones sobre esta segunda cuestión, o quiere que lo haga después que se haya llegado a una decisión sobre la primera?

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Creo preferible que el representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas hable sobre todos los temas del programa que desee presentar a la consideración de la Asamblea.

Sr. VISHINSKY (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) (*traducido de la versión inglesa del texto ruso*): La segunda cuestión se refiere al tema 5 del programa suplementario. Se trata de la proposición presentada por la delegación de Argentina sobre el Tratado de Paz con Italia. En la Mesa de la Asamblea General, la delegación de la URSS indicó que la propuesta de la delegación de Argentina, apoyada por algunas otras delegaciones de la América Latina, conducente a discutir en la Asamblea la cuestión del Tratado de Paz con Italia, carecía por completo de fundamento jurídico. Esa propuesta está en contradicción con los términos de la Carta de las Naciones Unidas que excluyen de la competencia de esta Organización toda medida adoptada por las Potencias aliadas en relación con países con los cuales estuvieron en guerra.

A este propósito, creo útil recordar a las delegaciones el Artículo 107 de la Carta, que dice así:

“Ninguna de las disposiciones de esta Carta invalidará o impedirá cualquier acción ejercida o autorizada como resultado de la segunda guerra mundial con respecto a un Estado enemigo de cualquiera de los signatarios de esta Carta durante la citada guerra, por los Gobiernos responsables de dicha acción.”

Como se ve, la Carta no deja lugar a dudas de que, en conformidad con el Artículo 107, una cuestión como la del Tratado de Paz con Italia no puede ser discutida por la Asamblea General.

La Carta indica claramente que las medidas adoptadas o autorizadas por las Potencias aliadas en relación con esos Estados no podrán ser aplicadas más que por las Potencias responsables de tales medidas. Además, a estricta observancia de la Carta excluye cualesquiera medidas que pudieran debilitar la validez jurídica de un tratado de paz, ya sea éste un tratado de paz, tomado en su conjunto, o una de sus partes. Desde un punto de vista jurídico, es irrefutable que constituiría una violación flagrante del Artículo 107 de la Carta proponer que la Asamblea General hiciera recomendaciones referentes a la revisión del Tratado de Paz concluido por 21 Estados con Italia, el cual entró en vigencia hace sólo una semana.

También sería un error craso, desde el punto de vista político, hacer recomendaciones al respecto. Es conveniente recordar a este propósito las demás disposiciones de la Carta, y en particu-

lar su Preámbulo, en el que se indica la necesidad de que los Miembros de las Naciones Unidas respeten las obligaciones contraídas en virtud de acuerdos internacionales. Pero es imposible sostener que la tentativa de revisar el Tratado de Paz o de presentar enmiendas con respecto a él pueda ser considerada como una recomendación que se fundaría sobre el respeto de obligaciones puestas en vigencia hace una semana, después de intensa labor realizada antes y durante la Conferencia de París.

Debo recordar a Vds. que, en el curso de la elaboración de la Carta, algunas personas se opusieron a las disposiciones relativas al respeto de los tratados. Sin embargo, las disposiciones al fin fueron aprobadas en la Conferencia de San Francisco y, después de la ratificación de la Carta, dichas disposiciones, al igual que la Carta en su totalidad pasaron a ser ley de todas las Naciones Unidas y constituyen desde entonces una de las bases de las relaciones internacionales.

Entonces, ¿cómo es que — podría preguntarse — a pesar de su patente falta de lógica y de legalidad, se sometió a la Asamblea General una propuesta para examinar la cuestión del Tratado de Paz con Italia? La única explicación puede ser la de que algunos Estados están tratando de ejercer presión moral y política sobre otros a fin de lograr la revisión de ese Tratado de Paz. El representante de la Argentina declaró en la Asamblea General que él sabía perfectamente bien que sería imposible tomar ninguna decisión en la Asamblea en cuanto al fondo de la cuestión, pero que creía, con todo, que era conveniente aprobar una recomendación adecuada dirigida a los países que firmaron el Tratado con Italia basándose en que dicho Tratado es injusto, cruel, etc.

Parece que estos caballeros tienen un concepto singularísimo de la justicia, concepto que, desde luego, no podemos aceptar por ser incorrecto y falso. Todos sabemos que a medida que se aproximaba el período de sesiones de la Asamblea General, aumentaba el número de los llamados amigos de Italia y del pueblo italiano, y entre ellos particularmente Argentina.

A propósito de ello me gustaría preguntar dónde estaban esos amigos cuando la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, junto con las demás Naciones Unidas, y a costa de grandes sacrificios, liberaba del fascismo a los pueblos de Europa, incluso al pueblo italiano. A este respecto recuerdo que en la Conferencia de Paz, celebrada en París, la delegación de Australia sometió una propuesta encaminada a que en el Tratado de Paz con Italia se incluyese una cláusula especial dando en ella facultad para revisar inmediatamente el Tratado que apenas está entrando en vigor. La propuesta fué rechazada en esa ocasión, y no fué aceptada porque hubiera sido completamente infundada, o diría más bien absurda, y pura y lógicamente habría sido un disparate firmar un Tratado de Paz e insertar inmediatamente en él una cláusula que socavaría sus propios cimientos, que ofrecería bases para suscitar la cuestión de la revisión de este Tratado. ¡Qué bello ejemplo de respeto a los acuerdos internacionales!

Sin penetrar al fondo de la cuestión del Tratado de Paz con Italia, debo, sin embargo, hacer observar que asegura el desarrollo económico

normal de Italia y el mantenimiento de relaciones normales de ése con todos los demás Estados. Los términos del Tratado son humanos y equitativos. A Italia y a los italianos les corresponde aprovecharse de estas posibilidades, y esto puede hacerse solamente cumpliendo fiel y concienzudamente con las obligaciones contraídas por Italia conforme al Tratado de Paz.

No puedo sino lamentar que la delegación de los Estados Unidos de América, al pronunciarse a favor de la propuesta argentina, haya adoptado, sobre esta cuestión, una actitud que está en contradicción con todo aquello en que estuvo de acuerdo en la Conferencia de los 21 Estados. Además, el Gobierno de los Estados Unidos de América ha demostrado en más de una ocasión que tiene un concepto elástico de sus obligaciones, un concepto imperfecto de las obligaciones contraídas en virtud de varios importantes acuerdos sobre problemas de la postguerra. ¿No es acaso su apoyo dado a la propuesta argentina una prueba más de su falta de deseo o falta de habilidad para respetar los acuerdos y obligaciones contraídos en virtud de tratados internacionales?

En mi opinión, el desarrollo de semejante política impedirá por fuerza la solución de las demás cuestiones relativas al establecimiento de la paz. Fiel a sus compromisos contraídos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no puede ni debe de seguir semejantes prácticas ni principios. En vista de tales razones la delegación de la URSS se opone a que la propuesta de revisar el Tratado de Paz con Italia sea inscrita en el programa del segundo período de sesiones de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de Australia.

Sr. EVATT (Australia) (*traducido del inglés*): El Sr. Vishinsky opuso reparos a dos temas del programa. Uno de ellos se refiere a Corea y el otro al debate del Tratado de Paz con Italia. El primero fué propuesto por la delegación de los Estados Unidos de América.

El Sr. Vishinsky se basa en dos argumentos que, a mi parecer, pueden refutarse fácilmente. Trata primero de la cuestión de Corea invocando ciertos hechos de que no tenemos conocimiento. Tales hechos no tienen nada que ver con el derecho de la Asamblea a examinar el asunto, sino que se refieren exclusivamente a lo que debiera hacerse durante el debate de la cuestión. En otras palabras, acude también a esa técnica que se acostumbra en las conferencias internacionales, que es la de tratar, con respecto a un programa, lo que debiera tratarse y lo que puede discutirse debidamente cuando se examinan los aspectos de una cuestión.

Se refiere a la declaración del representante de los Estados Unidos de América que, según el Sr. Vishinsky, presentó la cuestión "de manera tendenciosa". Naturalmente, el Sr. Vishinsky no ha hecho otra cosa. Ha invocado casos de que nosotros no teníamos conocimiento; sin embargo, al mismo tiempo niega tener intención de hablar sobre los aspectos del caso. Trataré de seguirlo muy cuidadosamente, como espero que lo hagan también mis colegas, respecto a lo que él llama su "argumento jurídico".

El Sr. Vishinsky declara que la cuestión de Corea, debido a que existe un acuerdo internacional, no puede ser examinada por la Asamblea

General. Para ello nos remite al párrafo 2 del Artículo 11 de la Carta. Ahí está perfectamente claro el derecho de la Asamblea General a examinar toda cuestión "...relativa al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales que presente a su consideración cualquier Miembro de las Naciones Unidas" — y aquí omito algunas palabras — "...salvo lo dispuesto en el Artículo 12" — este es el Artículo que estipula que la Asamblea General no podrá hacer recomendaciones sobre un asunto cuando el Consejo de Seguridad no esté examinando — "...podrá hacer recomendaciones acerca de tales cuestiones al Estado o Estados interesados o al Consejo de Seguridad o a éste y a aquéllos".

El Sr. Vishinsky pudo además haber tenido a bien remitir a la Asamblea el Artículo 14 cuyo alcance es aún más amplio cuando dice: "Salvo lo dispuesto en el Artículo 12," — el que se refiere a las cuestiones sometidas a la consideración del Consejo de Seguridad — "la Asamblea General podrá recomendar medidas para el arreglo pacífico de cualesquiera situaciones, sea cual fuere su origen, que a juicio de la Asamblea puedan perjudicar el bienestar general o las relaciones amistosas entre naciones..."

En consecuencia, la causa de la situación no tiene aquí ninguna importancia. Puede haberse originado en el Tratado de Paz. El acuerdo relativo a Corea se encuentra consignado en documentos que no constituyen parte integrante del Tratado de Paz, porque aun no se ha firmado la paz con el Japón, pero sí son acuerdos en los que fueron Partes las grandes Potencias. La delegación de los Estados Unidos de América señala a la atención de la Asamblea una situación que se ha suscitado en Corea y que puede perjudicar el bienestar o comprometer las relaciones amistosas entre las naciones. Aquí puede verse que el argumento jurídico del Sr. Vishinsky carece de fundamento.

No voy a hablar en absoluto sobre los aspectos de la situación coreana porque no quiero abusar de los reglamentos de la Asamblea. Quiero sí discutir los pros y contras de la cuestión cuando sea sometida al examen de la Primera Comisión, la Comisión Política.

Paso ahora a la cuestión suscitada por la delegación de la Argentina con respecto al Tratado de Paz con Italia. He de decir otra vez, en relación con este tema, que no quiero abusar de los reglamentos de la Asamblea General abordando el fondo de la cuestión. Quiero de nuevo ocuparme del "argumento jurídico" del Sr. Vishinsky.

El representante de la URSS remite a la Asamblea al Artículo 107 de la Carta. Con permiso del Presidente y de la Asamblea voy a leer este Artículo. Quiero lérselo a las delegaciones porque, si no lo cortamos ahora de raíz, este mismo procedimiento continuaría durante el curso de los debates de la Asamblea.

Artículo 107: "Ninguna de las disposiciones de esta Carta invalidará o impedirá cualquier acción ejercida o autorizada como resultado de la segunda guerra mundial con respecto a un Estado enemigo de cualquiera de los signatarios de esta Carta durante la citada guerra, por los Gobiernos responsables de dicha acción."

Todos los que, en San Francisco, tomaron parte en la redacción de la Carta, conocen exacta-

mente el fin con que fué incluido este Artículo. Su objeto fué simplemente el de precisar que los países beligerantes responsables de la derrota de los enemigos en la segunda guerra mundial, tienen derecho de proceder a la elaboración de tratados de paz. No hay nada en la Carta que lo impida. Pero tampoco hay nada en ella que se oponga a que las situaciones resultantes de un tratado sean sometidas a la consideración de la Asamblea General.

Nuevamente señalo a la atención de la Asamblea el Artículo 14: "Salvo lo dispuesto en el Artículo 12, la Asamblea General podrá recomendar medidas para el arreglo pacífico de cualesquiera situaciones, sea cual fuere su origen, que a juicio de la Asamblea puedan perjudicar el bienestar general o las relaciones amistosas entre naciones..." Sobre esa frase — "sea cual fuera su origen" — se insistió repetidamente en San Francisco con el preciso fin de permitir a esta Asamblea General en lo futuro, pasado el tiempo, ocuparse de una situación que pueda resultar de un tratado, manifestar su opinión sobre la cuestión y, después de examinarla, formular las recomendaciones pertinentes.

El país que propone la inscripción del tema en el programa puede haber sido mal aconsejado para pedir la revisión de un tratado que apenas ha sido concertado; puede que no logre hacer nada al respecto.

El Sr. Vishinsky tuvo la amabilidad de mencionar el nombre de mi país a propósito en la Conferencia de Paz celebrada en París. Lo que dijo es muy cierto. En esa Conferencia propusimos la revisión periódica del Tratado. Formulamos esa propuesta en términos que, sin hacer de la revisión una obligación, permitirían efectuar revisiones al transcurrir el tiempo, a fin de que, en caso de aparecer injusticias, fuese posible revisar el Tratado en virtud de sus mismas disposiciones.

Como dijo el Sr. Vishinsky, la propuesta fué rechazada; pero eso nada tiene que ver con los poderes de esta Asamblea. La Asamblea puede ocuparse de todo caso que pueda perjudicar las relaciones amistosas o afectar la paz internacional. Podemos examinar esa situación, sea cual fuere su origen. Bien puede ser que el mismo Tratado de Paz haya sido causa de una injusticia que provoca la discusión que puede terminar en recomendaciones formuladas por esta Asamblea.

Repito que no me ha de ganar la idea de entablar una discusión sobre el fondo de la propuesta de la Argentina, con la cual, francamente, no estoy familiarizado, y contra la cual no he escuchado objeciones. Sin embargo, sostengo el derecho que tiene esta Asamblea a ejercer todos sus poderes y prerrogativas que le concede la Carta en materia de debates y recomendaciones. Por eso luchamos en San Francisco, y creo que debemos estar decididos a defenderlo. Felicito a la Mesa de la Asamblea por haber inscrito el tema en el programa.

El Sr. Vishinsky dice que existe un acuerdo. Pregunta por qué razón las naciones no se ajustan a sus acuerdos. Si comenzáramos a discutir cuestiones de ese género sería cosa de nunca acabar. El Sr. Vishinsky se refiere, a las relativas contribuciones aportadas en el último conflicto por la Argentina y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. No voy a enfrascarme en la

discusión de ese punto. Tengo, no obstante, tanto derecho a hablar sobre el Tratado de Paz como lo tiene el Sr. Vishinsky o cualquier otro representante de su país, porque el mío, mucho antes que la URSS, hizo sacrificios de hombres en la guerra contra Italia. Sostengo ese derecho y lo sostendré hasta lo último.

Por consiguiente, no estamos manifestando nuestra opinión sobre los aspectos de los dos temas propuestos para el programa, referentes a Corea e Italia. Ambos figuran en el programa en conformidad con las disposiciones de la Carta. Con respecto a Corea es claro como la luz del día que esos dos Artículos cubren este tema.

En lo concerniente a Italia, si bien digo que es cuestión muy seria pedir a esta Asamblea que formule una recomendación encaminada a modificar el Tratado de Paz no expreso con ello opinión al respecto. Asimismo, es claro como la luz del día que el Artículo 107 invocado por el Sr. Vishinsky no impide que la Asamblea ejerza sus derechos constitucionales.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de Etiopía.

Sr. WOLD (Etiopía) (*traducido del francés*): La delegación de Etiopía no ha abusado de la paciencia de esta Asamblea pronunciando largos discursos en las sesiones precedentes. Sin embargo, la injusticia flagrante que resultaría de la aprobación de la propuesta que se nos presenta, injusticia que se opone a la razón, al buen sentido y al interés de las buenas relaciones entre los Estados Miembros, no me permite guardar silencio. Me refiero a la propuesta encaminada a revisar el Tratado de Paz con Italia. Más tarde tendré ocasión de hablar de la tentativa de hacer que la opinión pública mundial admita semejante injusticia, mediante el expediente de sustituir la palabra "sugestiones" por la palabra "revisión". El hecho es que — y he de declararlo aquí oficialmente como víctima principal de la agresión fascista — Etiopía no podría jamás ser parte, en ninguna forma, en semejante maniobra.

Por otra parte, debe observarse que esta propuesta inicua fué aprobada por la Mesa de la Asamblea por sólo 4 votos con 2 y 8 abstenciones. La delegación de Etiopía agradece sinceramente a los representantes que votaron contra aquélla o que se abstuvieron de votar, y pide ahora a todos los Miembros de la Asamblea que rechacen esa propuesta por ser peligrosa e injusta.

Los representantes de otros países, han puesto de relieve, en términos claros y enérgicos, la absoluta incompetencia de esta Asamblea, y la de las Naciones Unidas en general para tratar de esa cuestión. Por otra parte, quiero recalcar que la propuesta de la enmienda constituye una admisión de esa incompetencia. Por consiguiente, me limitaré a puntualizar las consideraciones que tiene la delegación de Etiopía para calificar de injusta semejante tentativa, sin ambages ni restricciones.

El Preámbulo de la Carta declara que los pueblos de las Naciones Unidas están resueltos — y cito las palabras textuales de la Carta — "a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados..." Ahora pregunto a Vds. si semejante tentativa está destinada "a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones

emanadas de los tratados", cuando el Tratado de Paz con Italia, como dijo muy bien el representante de Nueva Zelandia, está en vigor desde hace sólo unas cuantas horas. ¿Puede alguien negar que la falta de respeto por las obligaciones internacionales fuera la causa esencial del desastre — sin precedente en la historia — que acabamos de sufrir y que nos costó tantas vidas humanas y tantos sufrimientos?

Quiero señalar, a este particular otro aspecto del mismo problema referente al respeto a los tratados. En la Conferencia de París, las cuatro grandes Potencias manifestaron a los otros Estados participantes que cualquier decisión que tomaran tendría simplemente la fuerza de una recomendación, pues las cuatro grandes Potencias habían convenido en actuar unánimemente en la redacción del Tratado. Las cuatro votaron individualmente contra todas las propuestas sobre las que no se habían puesto de acuerdo de antemano. Este fué el tratado que los demás Estados tenían que firmar y ratificar ya fuera que estuviesen o no de acuerdo con el texto definitivo.

Las cuatro grandes Potencias habían dispuesto de varios meses para estudiar, discutir y preparar el proyecto de tratado con Italia, antes de presentarlo a la Conferencia de París. Durante este período invitaron a los representantes italianos a que asistieran y les oyeran exponer detalladamente los puntos de vista de sus respectivos países. Además, después de la Conferencia de París, se reunieron de nuevo, en Nueva York, a fin de dar los últimos toques al proyecto de tratado para redactarlo en forma definitiva.

En tales circunstancias no parece apropiado que una de estas cuatro grandes Potencias — coautoras todas ellas del Tratado — apoye su revisión.

Quiero recordar a Vds., además, que han pasado siete meses entre la firma del Tratado y su entrada en vigor. Sin embargo, ciertos Estados que se habían quejado de esta tardanza, apoyan actualmente una propuesta destinada a invalidar inmediatamente después de la ratificación, si no todo, por lo menos partes importantes del Tratado.

Por otra parte, no solamente hay el problema del principio de respeto a los tratados, tal como lo estatuye la Carta, sino también la cuestión importante y vital de preservar las bases fundamentales de la paz actual.

He hablado de la invalidación parcial o total del Tratado porque uno nunca sabe exactamente dónde parará tal revisión, una vez que se ha lanzado sobre tan resbaloso terreno.

¿Tiene acaso por objeto la supresión de reparaciones, a fin de que las víctimas de la agresión italiana soporten solas en silencio las pérdidas y sufrimientos infligidas por las fuerzas fascistas?

O bien, ¿tiene por fin suprimir las medidas aprobadas con respecto a las propiedades italianas ubicadas en los territorios de las grandes Potencias, o devolver a Italia los territorios ya traspasados conforme a ese mismo Tratado?

Por último, ¿esa revisión tiene como propósito devolver a Italia las colonias que por la fuerza arrebató a Estados infinitamente más débiles, para que las someta de nuevo a un régimen de explotación salvaje y de creciente miseria y las utilice, de nuevo también, como base de agresión contra Estados pacíficos?

Hasta ahora no he hecho alusión sino a las modificaciones que serían propuestas, pero ¿cuáles serían las consecuencias del acto en sí, de tratar de modificar un tratado, antes de 10 días de entrar éste en vigor?

Nos encontramos frente a un eterno problema de moralidad. Si se intenta violar un principio de derecho universal, como es el respeto a los acuerdos ¿a dónde vamos a parar?

El mundo entero conoce los resultados trágicos de la política de apaciguamiento que sucedió al Tratado de Versalles. La propuesta que nos ocupa servirá inevitablemente de precedente a los pueblos alemán y japonés para exigir, inmediatamente después de haber entrado en vigor, la modificación, si no la anulación, de los tratados de paz concluidos con ellos.

¿No servirá igualmente esa propuesta de precedente para la revisión, si no la cancelación, de todos los acuerdos de paz, tanto en Europa como en el Lejano Oriente, como los Tratados de Paz con Hungría, Bulgaria, Rumania, y hasta otros como los firmados en El Cairo, Yalta, Potsdam y Wáshington? ¿O es acaso que todos esos cimientos de la paz mundial han de ser completamente rehechos? Eso ocurriría si se aprobara semejante propuesta.

Además de tales consideraciones, hay otra más que demuestra la flagrante injusticia de la proposición.

En la Mesa de la Asamblea, la delegación de Estados Unidos de América declaró que apoyaría el principio de revisión porque el Tratado era injusto. Sin embargo, en contraste con el llamado *Diktat* de Versalles, Italia fué llamada ante la Conferencia de París y se le dió completa libertad para explicar y defender allí su punto de vista. Además, tal como lo acabo de decir, Italia fué también invitada a expresar su punto de vista en las reuniones de Subsecretarios de Relaciones Exteriores celebradas en Londres y en París antes de la Conferencia de París.

Por otro lado, un país tan pequeño como Etiopía, víctima principal de la agresión italiana, y un Estado que, con excepción de China, luchó contra el Eje durante más tiempo que ningún otro, no fué invitado, tal como se hizo con Italia, a asistir a esas reuniones.

Por consiguiente, no vemos ninguna lógica ni justificación en la propuesta de que, en nombre de la justicia, los 21 países que tomaron parte en la Conferencia de París o cualquier otro grupo de países, concediesen una nueva audiencia a Italia. Además, es ilógico pedir la revisión de un tratado que, después de dos años de elaboración y de espera, acaba de ponerse en vigor.

El año pasado, cuando la Asamblea General fué convocada aquí, las cuatro grandes Potencias se reunieron en esta ciudad a fin de establecer, en forma definitiva, el proyecto de tratado con Italia, tal como resultó de la Conferencia de París. Los países que ahora piden la revisión del Tratado estaban presentes en la primera Asamblea.

Yo simplemente me pregunto, por qué, si esos Estados estaban verdaderamente preocupados por las injusticias de las cláusulas del Tratado no pidieron entonces a las cuatro grandes Potencias que lo enmendaran allí mismo, cuando esas Potencias tenían plena libertad para hacer las

enmiendas deseadas, en vista de que el Tratado aun no había sido ratificado.

Es fácil para países que no han sido víctimas de la agresión fascista — que no han visto violar a sus mujeres, incendiar sus hogares, que no han presenciado la matanza de su ganado, que no han visto a sus niños arrebatados de sus padres ni a sus intelectuales sistemáticamente exterminados — hablar de la llamada injusticia para con Italia. Es fácil para ellos pretender que sean canceladas las reparaciones que ha de hacer Italia, forzando de esa manera a los Estados pequeños — víctimas de la devastación desatada por los italianos — a soportar en silencio todas las pérdidas y sufrimientos, y a sufrir solos toda la tragedia que causa el ver bárbaramente destruidos sus esfuerzos de siglos de lucha y de elevadas aspiraciones de progreso.

Al lado del palacio de Su Majestad Imperial, mi augusto soberano, se encuentra un monumento erigido en homenaje a millares y millares de niños, de nobles madres y de heroicos patriotas que, el 16 de febrero de 1937, fueron ametrallados, muertos a golpes de azada o quemados vivos por órdenes del Mariscal Graziani. Y, sin embargo, hace apenas unas cuantas semanas los representantes de países miembros de la Comisión de Delitos de Guerra, reunida en Londres, rechazaron la solicitud de Etiopía tendiente a llevar a los tribunales de justicia a ese archicriminal. Esas consideraciones de la justicia para con las víctimas de la agresión fascista parecen haber sido perdidas de vista por ciertas delegaciones que tratan de atacar el Tratado de Paz precisamente cuando entra en vigor.

Puedo decir que las peticiones de Etiopía, a las Naciones Unidas, han sido sumamente modestas. Muy recientemente mi país rehusó asistencia económica de las Naciones Unidas a fin de darle preferencia a los países europeos que habían sido liberados más recientemente y que aun se encuentran agobiados por todos los horrores y miserias de la guerra. Sin embargo, lo que Etiopía jamás ha cesado de pedir, y lo que sigue pidiendo todavía, es que se vuelva a los principios de moral internacional, al respeto por la palabra empeñada y por la seguridad colectiva. La propuesta formulada a la Asamblea viola estos principios, y Etiopía ha sufrido demasiado para guardar silencio en presencia de tal violación.

Por las razones que acabo de exponer — respecto a las obligaciones internacionales, a la conservación de los principios fundamentales de la paz actual, y consideraciones elementales de justicia para con el agresor y la víctima de la agresión — la delegación de Etiopía pide solemnemente a esta Asamblea que suprima del programa esa inicua propuesta votando por separado sobre la cuestión.

Pongamos fin a nuestra luchas y preocupaciones partidistas y confirmemos de nuevo ante el mundo nuestra adhesión invariable a los principios de justicia y de moralidad internacionales.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): El Presidente permitió al representante de Etiopía hablar sobre el fondo de la cuestión, únicamente

como tributo de respecto a los sufrimientos de su país. Aquí no estamos discutiendo la revisión del Tratado de Paz con Italia, sino solamente sugerencias relativas a ese Tratado.

Sr. AUSTIN (Estados Unidos de América) (*traducido del inglés*): No debiera ser difícil para nosotros resolver una de las cuestiones que se nos han planteado, de si debe ser examinado o no por la Asamblea General el tema propuesto por los Estados Unidos de América, o sea el de la independencia de Corea.

Si tenemos presentes los verdaderos principios fundamentales sobre los cuales se fundó nuestra Organización y los aplicamos a la cuestión de si debemos o no examinar el problema, no podrá haber más que una respuesta: por supuesto que sí.

Uno de los principios más trascendentales en que se fundan las Naciones Unidas está en el párrafo 2 del Artículo 1 de la Carta, que dice así:

“Fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos, y tomar otras medidas adecuadas para fortalecer la paz universal.”

Mantengamos nuestros ojos fijos en esos elevados principios, y no nos enfraquemos en un examen del programa para discutir el aspecto jurídico del problema o actuar en forma que pueda impedir a las Naciones Unidas desempeñar por lo menos la función de examinar una propuesta relativa a un pequeño país que es víctima de las circunstancias.

Se dice aquí que los Estados Unidos de América han culpado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de ser responsable de esas circunstancias. La URSS responde: “No somos nosotros los culpables; son los Estados Unidos de América.” Yo sigo adoptando la misma actitud que adopté en la primera reunión de la Asamblea General en los Estados Unidos de América, y afirmo de nuevo que lo que importa para el mundo no es saber quién está en lo justo, sino qué es lo justo.

Ya tienen Vds. suficientes pruebas para convenirse de que durante dos años no se ha adelantado nada en la cuestión de dar oportunidad a Corea para formar su propio Gobierno y obtener su independencia. ¿No es así? La Asamblea no tiene que escoger entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América, que se acusan mutuamente de ser culpables de este retraso de dos años, en cuyo lapso no se ha logrado hacer nada.

En lo que concierne a la Asamblea, baste decir que en parte ambos tienen la razón, y que, en todo caso, hemos llegado a tal punto en la situación mundial que este país ha venido a este santuario a pedir que su caso sea examinado a fin de que se ponga en práctica el principio a que me he referido, es decir: “Fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos, y tomar otras medidas adecuadas para fortalecer la paz universal”.

No voy a abrumar a Vds. con una discusión de las cuestiones de orden técnico suscitadas al referirse a la Carta. Ustedes conocen la Carta tan bien como yo. Dejo al buen juicio de Vds. juzgar si la Carta no es lo suficientemente completa para permitirnos examinar la situación crítica de Corea, y tenderle la mano a ese pequeño país. Al hacer esto la Asamblea no tiene que decidir entre los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En nuestra opinión es igualmente importante, para los intereses de la Carta y los de ese pequeño país, que la Asamblea General demuestre que es capaz de actuar y de no exhibirse ante el mundo como una organización perfectamente inútil.

No quiero discutir extensamente el otro tema que ha sido aquí motivo de objeciones, o sea el tema 5 de la lista suplementaria: el Tratado de Paz con Italia. Este tema, enmendado ya, dice así: "Sugestiones destinadas a los Estados interesados en el Tratado de Paz con Italia".

¿No tiene acaso la Asamblea facultad para formular sugerencias con respecto al Tratado de Paz con Italia? Ahora les pregunto yo ¿qué tiene que ver el factor tiempo con respecto a la justicia? ¿Tiene Italia que esperar 10 años para venir a pedir a Vds. que consideren su situación con respecto a un tratado suscrito 10 años antes? ¿Alzarían Vds. la Carta de las Naciones Unidas para decirle, éste es un obstáculo? Desde luego que no. Ustedes sin duda se remitirían al Artículo 14 de la Carta para decir que tal Artículo concede a Italia el derecho de presentarse a esta gran Asamblea con su problema "sea cual fuere su origen", si la situación fuese tal que pudiera perjudicar el bienestar general de la humanidad.

Los Estados Unidos de América no se pronuncian de ninguna manera en pro ni en contra de la cuestión al declarar ante Vds. que creemos deber de las Naciones Unidas escuchar las peticiones de países que sostienen que tal o cual tratado afecta de tal manera sus relaciones con el resto del mundo que por causa de ello, puede perjudicarse el bienestar general o puede trastornarse la paz del mundo. No nos pronunciamos ni en pro ni en contra de ninguna de las cuestiones suscitadas ante la Asamblea General. Pero sentimos profunda simpatía por los que han sufrido recientemente.

Lo que nosotros decimos acerca de este tema es que un país que no sea miembro de las Naciones Unidas tiene derecho de dirigirse a un Miembro de la Organización y de pedir, por intermedio de él, que le concedamos audiencia. Y es tanto nuestro derecho como nuestro deber formular sugerencias, tal como se ha hecho. Al pedirnos que inscribamos este tema en el programa se nos pide solamente que reconozcamos una obligación estatuida en la Carta.

Esa es la posición de los Estados Unidos de América. Creemos que este tema, propuesto por otro país, debe incluirse en el programa.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de Argentina.

Sr. ARCE (Argentina): Llego a la tribuna para defender la proposición que ha hecho la delegación argentina, en nombre de nuestro Gobierno,

bajo la impresión de algunas de las palabras pronunciadas por el señor representante de los Estados Unidos, quien ha recordado a la Asamblea con gran oportunidad, que las Naciones Unidas están vinculadas por la Carta, pero especialmente por el Preámbulo de la Carta, por los propósitos que se tuvieron en vista para constituir las y por los principios de que ellas mismas acordaron en San Francisco, para cumplir con esos propósitos.

No tendría sino que citar uno solo de los casos que nos ofrece la Carta para demostrar que eso es lo razonable. Por razones políticas esos propósitos y esos principios fueron contrarios por el párrafo 3 del Artículo 27 cuando — vuelvo a repetirlo — por razones políticas circunstanciales, que pueden variar y que han variado, se acordó el veto que es contrario a la Carta, que es contrario a los propósitos y a los principios que dieron nacimiento a las Naciones Unidas.

De ahí que pretender ceñirse como si se tratase de una regla de hermenéutica, a un detalle de la Carta, será siempre un mal argumento.

Pero no es este el caso. El Artículo 107 de la Carta, citado por el señor representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, tal cual lo ha demostrado con pristina claridad el señor representante de Australia, no tiene absolutamente nada que hacer con la materia que se debate.

Las Naciones Unidas se han comprometido a no intervenir en la liquidación de la guerra y hasta ahora, a pesar de que esa liquidación se prolonga más de lo que fuese razonable, no se han mezclado en ella.

Pero discutir a propósito de un Tratado ya concluido y ratificado por Miembros de las Naciones Unidas, ¿no es un derecho de esta Asamblea? Eso es una herejía jurídica. Bastará leer la Carta, tomar en cuenta todas sus disposiciones para comprender que estamos en el perfecto derecho para hacerlo.

El Artículo 107, pues, no tiene absolutamente nada que hacer con la proposición argentina, y yo tuve ya la oportunidad de decirlo en la Mesa de la Asamblea cuando el señor representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el Sr. Gromyko, disertó allí sobre la historia, el origen y la inclusión de ese Artículo.

Pero tampoco tiene razón el señor representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas cuando alude al aspecto político de esta cuestión, argumento que se trae nuevamente a la Asamblea, puesto que ya fué hecho en el seno de la Mesa de la Asamblea. En ese entonces el Sr. Gromyko dijo que no estaba seca todavía la tinta con que se había firmado el Tratado cuando ya se hablaba de revisarlo.

Por supuesto que me apresuro a decir que la proposición argentina no pretende que la Asamblea revise el Tratado; no pretende indicarle a las naciones que han firmado ese Tratado, cuáles son las cláusulas que le parecen malas o buenas. Ella, la Asamblea, discutirá el punto, de acuerdo con su derecho, con toda la amplitud que corresponde y que sea menester; pero si ha de hacer

alguna sugestión, la hará con sólo la atribución que ella tiene: de recomendar que se tomen en cuenta tales o cuales sugestiones, si es que se toman, porque si en el punto de la deliberación que se haga en el seno de la Comisión de Asuntos Políticos, la delegación argentina fuese convencida de que no es conveniente, de que no hay motivo para ello, pues podríamos desistir de nuestra proposición. Lo que no se puede es tomar a la Mesa de la Asamblea o en este momento a la Asamblea, cuando discute solamente la Agenda, como foro o tribuna para discutir el fondo de la materia.

Y con el mayor homenaje por los sufrimientos del noble pueblo de Etiopía, yo llamo la atención del señor representante de Etiopía, respecto de que él mismo nos ha dado motivos y argumentos para que llevemos este asunto al debate de la Comisión de Asuntos Políticos.

De las sugestiones que él nos ha hecho y de las otras que pueden ser hechas en ese momento, por supuesto que nosotros podremos, o tomar una determinación o dejar de tomarla; pero lo que no podemos es discutir la materia hoy aquí.

Yo no me he olvidado, señor representante de Etiopía, de los sufrimientos de ese noble pueblo y por supuesto que, desde mi punto de vista, protesto contra la agresión y contra la dominación del digno pueblo etíope. No me he olvidado todavía, tampoco, de las sugestiones que nos hizo, hace dos o tres días, el señor representante de Francia en la Mesa de la Asamblea, cuando nos decía, con ese modo tan lleno de espíritu, dentro de su magnanimidad, que Francia recuerda estos hechos, pero que también llegará a olvidarlos.

¿Cómo habríamos de olvidar los horrores de la agresión! ¿Pero es que estamos aquí para perpetuar los horrores de la guerra? ¿Nos hemos reunido para seguir discutiendo sobre la guerra y para colocar a los pueblos unos contra otros? ¿Es que las circunstancias políticas del momento son iguales a las de hace dos o cinco años? ¿Es que nos hemos de quedar inmutables impidiendo que los pueblos que se equivocaron o que debieron soportar gobiernos que los condujeron mal puedan volver a vivir pacíficamente en el seno y en el concierto de las naciones? No, señores representantes, las Naciones Unidas tienen el deber — y lo dice el Preámbulo de la Carta — de tender, ha sido repetido aquí, a que haya las mejores relaciones de amistad entre los pueblos, y si odios hubo, hacerlos desaparecer.

Y en este sentido aprovecho la oportunidad para decir en nombre del Gobierno argentino, todo lo que nos complacería que las dificultades que se perfilan en el horizonte político entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos, desaparecieran, para que de esta manera pudiéramos seguir viviendo en paz y favoreciendo la seguridad del mundo y la paz internacional.

No es un propósito agresivo, no es un propósito de sostener al fascismo, como se puede ver en la entrelínea lo que nos ha conducido. Ya lo expliqué el otro día. El propósito es que la Argentina quiere mucho al pueblo italiano, no a determinado régimen o gobierno de Italia, porque es carne de su carne y sangre de su sangre, porque el 25%

de su población es italiana o de origen italiano, y ese noble sentimiento tiene que ser respetado.

Supongamos que estemos equivocados; pero lo que no se puede es sugerir que tengamos una intención que no esté claramente establecida. Rechazo, pues, el argumento jurídico que ha sido expresado por el señor representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; rechazo también que no sea la oportunidad política. Si para hacer el Tratado se han necesitado dos años, en el caso de que las Naciones Unidas resolviesen hacer alguna sugestión, no sería difícil que para llegar solamente a un acuerdo, en caso de que se llegase a él, para iniciar las deliberaciones, se necesitasen otros dos años. ¿Y qué inconveniente habría en oír una sugestión? Si es mala, se rechaza; si es buena, se discute y se acepta.

Creo haber contestado con esto la argumentación jurídica, la argumentación política, y hasta la que se refiere a los antecedentes de la guerra en que Italia subyugó ominosamente a Etiopía cometiendo una de las graves agresiones de la historia, en el sentido de dejar establecida nuestra posición.

Pero el señor representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y no sé por qué, porque el Gobierno argentino tiene las mejores intenciones en relación con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, y la representación argentina ha tenido siempre las mejores relaciones con la representación soviética, y a pesar de todo está dispuesta a seguir las manteniendo, nos ha vuelto a hacer hoy una alusión política desagradable, que yo no puedo dejar pasar en silencio, por mucho que me duela tener que hacerlo.

En el seno de la Mesa de la Asamblea preguntó que dónde estábamos los argentinos cuando las tropas italianas mataban ciudadanos rusos y destruían la propiedad rusa. Estábamos donde la conducta política o la determinación del Gobierno de ese momento quiso que estuviéramos. Tenemos plena libertad para intervenir en la guerra de un lado o de otro, o para quedarnos en la neutralidad, que no ha sido inventada por nosotros. Grandes pueblos en la historia, en muchas guerras, han permanecido neutrales; y cuando digo grandes, no me refiero solamente a los grandes por lo poderosos. Hay un ejemplo viviente de la neutralidad, que es Suiza, y allí hay hombres de raza francesa, de raza italiana y de raza alemana, que viven en paz y que han adquirido, desde la época del Congreso de Viena, el derecho a la neutralidad de ese pequeño y noble país.

Estábamos ahí, pero yo podría también preguntar dónde estaban los ciudadanos rusos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, cuando las llamadas hordas de Hitler deshicieron a Polonia, destruyeron a Checoslovaquia, ocuparon a Austria e invadieron y dominaron a Francia. Estábamos nosotros, en nuestro país, haciendo uso del derecho de la neutralidad, en las mismas condiciones en que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas hizo uso de ese derecho, en la oportunidad a que me he referido.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): La próxima sesión se celebrará esta tarde a las 15 horas.

Se levanta la sesión a las 13.10 horas.